

Viaje Sin Puerto

Alvaro Amaya



Capítulo 1

Viaje Sin Puerto

Cuento

Lázaro era un hombre básico que siempre huyó de las elucubraciones mentales, era tan básico y simple que había concentrado el quehacer de su vida en una sola acción concreta: hacer negocios. - Los negocios no engañan -, afirmaba, - Allí nadie se pierde, porque allí es sabido que todos buscamos ganar dinero pero lo mejor de eso es que se trata de un proceso lógico que inicia y termina en positivo o negativo pero del que siempre, en cada momento, estás seguro de cómo discurre. Su objetivo es lógicamente simple: compras a uno, vendes a dos y te ganás uno y no hay nada más -, repetía.

Ese resumen condensado fue la única seguridad con la que siempre contó para vivir. En el pueblo rural en el que vivía y con la elemental formación básica que poseía, Lázaro tenía un mínimo de vida social porque siempre estaba trabajando en sus negocios y por vivir ocupado en sus compras y ventas, transcurrió bastante tiempo para que pudiera darse cuenta que ya tenía cubiertas sus básicas y austeras necesidades materiales.

Lázaro nunca había alterado ni abandonado los mismos conceptos aprendidos de su padre, sobre los que discurría su acomodada vida y nunca sintió la necesidad de adquirir otros, pero le sucedió que un día como al descuido, se le empezaron a colar otras ideas diferentes que nada tenían que ver con las de su fijado vivir y quehacer de siempre.

Eran pensamientitos nuevos, recién nacidos, que como frágiles hilitos, se le rompían cuando los perseguía y quería atrapar. Sencillamente los perdía porque se les desvanecían sin que con ellos pudiera llegar a ningún lado. Al principio rechazó perder tiempo en ellos pero después creyó que eso era algo divertido y los dejó estar hasta que con la práctica pudo empezar a retenerlos, poco después encariñado con ellos, los tomaba en serio tratando de desmenuzarlos y de identificarlos hasta que logró clasificarlos para desechar los que no le gustaban o los que consideraba sin valor.

Porque ya tenía lo necesario para vivir, porque sin darse cuenta había empezado a robarle tiempo a sus actividades o porque este nuevo pasatiempo le había destapado una nueva e incipiente curiosidad, en la que sin darse cuenta ya estaba atrapado, de manera contumaz y deliberada prosiguió insistiendo en lograr conceptos y poco tiempo después, ya quería grupitos de pensamientos que se apoyaran entre sí para que redondearan y fortalecieran alguna idea que él consideraba importante o fundamental. Con el tiempo y sin darse cuenta, Lázaro fue

abandonando su trabajo y las pocas relaciones que le quedaban y se sumergió a tiempo completo en este quehacer.

En ese discurrir se le ocurrió que era importante convertir en fe, en una creencia personal lo que iba descubriendo en su cabeza. Por no creer en la suerte ni en el destino, se le había convertido una obsesión creer que por fuerza, su vida se habría tenido que regir por algún sistema de ideas que estaba empeñado en descubrir y desenmarañar, pero después de luchar por algún tiempo en eso sin encontrar nada, decidió que si para él eso no había existido, era fundamental que lograra pensar, crear y estructurar uno para guiarse por él.

Obcecado, necio y pertinaz, como consecuencia de lo que él ya consideraba que había sido su

primera vida de comerciante, al cabo de mucho tiempo de concentrarse ya lograba armar los primeros conceptos que consideraba sus certeras fórmulas de vida y se aferró al pensamiento, al logro que llegó a considerar lo que sería la piedra angular para su existencia: “- No solo importa qué, cómo y por qué pasa lo que pasa, sino también lo que se pensó, cómo lo completaste con otras ideas pero fundamentalmente, qué sentiste y cuál fue tu emoción de ese momento -”, se decía concentrándose con fuerza en sí mismo, con los ojos abiertos para mirar sin ver y girando la cabeza en un esfuerzo para forzar la expansión, para que su nuevo cerebro diera más de sí, “- Lo que debe de pasar en este proceso, es que el recuerdo traiga la emoción ya sentida y que al regresar a la mente, el suceso pasado vuelva a ser vida plena en el presente -”, decía como sentando una original y sabia tesis doctrinal, “- Debido a que solo lo que se ha sentido es lo que se recuerda, recordar te llevará a vivir en plena emoción todos los segundos de tu vida presente, revivirás lo pasado para gozar los anticipos de lo que ha de llegar -”, filosofaba para concluir, “ - No hay de otra, solo así se concibe que la vida importe -”. Y de esto, Lázaro llegó a estar absolutamente seguro.

Ahora que se daba cuenta de la profunda oscuridad mental en la que había vivido, consideraba una hazaña haber podido arribar a estas conclusiones y después de haber trabajado tan duramente con ellas, una pacífica sonrisa de ojos cerrados le humanizó la cara y por algún tiempo se sintió profundamente satisfecho y recompensado. Pero ya en frío, cuando en la práctica quiso aplicar su nueva fe a su vida pasada y a la presente, descubrió que había cosas que no encajaban y los conflictos afloraron.

Por culpa de la contradicción con sus nuevas convicciones, Lázaro estaba preocupado porque a los sesenta y cinco años de su vida, al intentar mirar hacia atrás, se dio cuenta que no recordaba una enorme cantidad de sucesos y que los demás que recordaba, carecían de claridad y precisión. Al aplicar los conceptos de su nueva fe, estuvo seguro que le pasaba

porque no los había sentido....entonces, si no había sentido... ¿Habría vivido?..., ¿Había sido importante su vivir?..., ¿Habría sido "vida" su vida?..., ¿Antes le había ocurrido algo que ahora ignoraba o era ahora que algo le pasaba?

Eran las preguntas que no podía contestarse a sí mismo pero que le hicieron darse cuenta que toda su vida se le había venido borrando a medida que la había vivido y llegado a este descubrimiento, su angustia pequeña del principio, le fue creciendo hasta reventar como el hongo de una explosión nuclear que crece sin que se oiga ruido.

¡Qué no hubiera dado por saber en qué momento eso empezó a pasar! Atrapado en lo que ya era ineludible rutina, la angustia lo obligaba a pensar, pero cuanto más se concentraba, más se preocupaba, más se le espesaba la mente y menos se le ocurría qué hacer o qué camino tomar.

Experimentó una aplastante pesadumbre al reconocer y aceptar que había perdido el pasado y que al momento sólo le quedaba el fugaz presente que no retenía porque rápido se le escurría. Congestionado con su sempiterna ingestión de café, trémulo de nervios y enflaquecido porque concentrarse en pensar le había causado insomnio y éste le había quitado el hambre, solo se le ocurrió que si pudiera olvidar que había olvidado, podría concentrarse hoy en empezar a rescatar el pasado.

Pero,... ¿Cómo olvidar el olvido?

Sin ningún alivio y cansado por intentar entender, lo consoló saber que al menos había iniciado

un camino, pero un súbito relámpago de entendimiento le reveló que por vivir un presente que no fraguaba, lo que ahorita mismo pensaba, se convertía en una bruma que desaparecía hasta el olvido se la tragaba.

Y cuando reconoció que eso era haber llegado a un final absoluto, un súbito ataque de pánico cortó de tajo la corriente eléctrica de todas sus neuronas y ya supo más.

En todas sus febriles y torturadas noches de introspección, a Lázaro jamás le pasó por la mente que escribir es el remedio contra el olvido, que escribir es siempre la salvación.

Álvaro Amaya G. Guatemala, C.A.

Reeditado y subido a www.megustaescribir.com el 11 de Agosto 2018.
Foto: Archivo.